

69

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas)—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 1^a

NUM. 16.

San José, 10 de Diciembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.



M. AURELIA TRISTAN.

Ostentas, bella, agraciada,
en tu rostro, María Aurelia,
la albura de la camelia,
el carmin de la granada;
y en tu boca sonrosada
ha fabricado Cupido
de blancas perlas un nido,
donde palpitan traviesos
entre perfumes y flores
trepales embriagadores
de arrullos, cantos y besos.

* * *

SUMARIO.

A MARÍA AURELIA TRISTÁN, por ***—ISABEL, por M. Medardo Espinosa.—“EL WORLD,” por G. L.—LEYENDA, por Emilio Pacheco.—NAPOLEÓN, por C. Gagini.—DUDAR, por Rubén Rivera.—POESÍA, por Francisco Gavidia.—LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino.—LEJOS, SIMIL, ULTRA, por P. Penates. LA POESÍA CASTELLANA CONTEMPORÁNEA, por R. Darío.—EN EL ALBUM DE A. C., por J. P. Velez.—ERA... ILUSIÓN, por D. A. Arrieta.—ELIXIR, por Antonio Valenzuela (h.)—NOTAS.

ISABEL.

DEDICADA Á MI ESTIMABLE AMIGO

EL DOCTOR DON

SALVADOR CAMACHO ROLDAN.

[INÉDITA.]

I.

UNA tarde, hace mucho tiempo me puse á hojear los libros de la biblioteca de mi padre y encontré uno de lujosa encuadernación que tenía en la primera página el retrato de un hombre de fisonomía franca y simpática, “tenía la frente estrecha y prominente, los ojos grandes y azules, los labios finos, las facciones altivas y regulares aire elegante y una especie de desenvoltura de gran señor,” hubiérase dicho al verlo que era algún duque ó algún príncipe; pero al pie del retrato estaba sólo el nombre de un ciudadano de Francia, aquel grabado representaba á Alfonso de Lamartine.

Tomé el libro, salí de la casa, atravesé la llanura y me interné en el bosque: llegué cerca de un arroyo y me senté al pie de un árbol sobre la tibia arena de la orilla.

Abrí el libro y empecé su lectura: no sé cuanto leí.....

Pero cuando cerré aquellas páginas empapadas por mis lágrimas la tarde ya terminaba. Y en mi mente quedó luego la imagen de una mujer joven, que vagaba á las orillas de un lago, y que tenía los cabellos rubios entre cuyos rizos jugueteaba el viento, que tenía la faz pálida y que sus ojos eran azules, tan azules como el cielo que se miraba sobre las ondas del lago y que en sus labios, ya movidos por una sonrisa de alegría, ya contraídos por una carcajada de dolor sonaba dulcemente un nombre.

Y sin saber por qué, lloré por aquella joven y después lloré por mí.

Aquella lectura había despertado mi corazón: en el murmullo del arroyo, en el rumor de la selva, en el canto de las aves y en el apacible ruido de la brisa jugando con las hojas, me parecía oír una voz que remedaba por su ternura los cánticos que había escuchado en las fiestas de la Iglesia de la aldea ó las canciones de mi madre cuando arrullaba en la cuna á mi hermanito pequeño que dormía.....

Y aquel acento que sólo sonaba para mí era el de una mujer como la que, delirante de amor, me parecía ver, apoyada en el brazo del gran poeta, paseando en las orillas del lago!

Y desde aquel día sentí el corazón muy triste, y á menudo lloraba sin saber por qué. Sí, no sabía por qué; porque á los quince años no hay motivo para llorar.

II.

Pocos años después llegó á nuestra casa una familia relacionada con mis padres; compuesta de un hombre que contaría cincuenta años y que por los rasgos de altiveza que se marcaban en su fisonomía y la exquisita bondad de sus modales me inspiraba un respetuoso cariño; su esposa que contaría cuarenta años y que llevaba en sus facciones el tipo de una raza distinguida y los rastros de una belleza deslumbradora; y su hija Isabel, que contaría la misma edad que yo y que tenía los ojos grandes y profundamente negros, los cabellos rizados y las mejillas pálidas.

La llegada de aquella familia en nada alteró la dulce tranquilidad de nuestro hogar.

Isabel nunca hacia parte de nuestros juegos. Una tarde que jugábamos á los novios me salí del juego para ponerme á conversar con ella, que sentada á corta distancia de nosotros bordaba con seda encarnada las iniciales del nombre de su padre, sobre un pedazo de terciopelo negro.

Entre tanto mis hermanos menores habían tomado del brazo á mis hermanas y se paseaban orgullosos delante de nosotros diciéndonos, entre burlonas carcajadas: “aquellos no quieren ser novios.”

Isabel levantó los ojos hacia mí y sus mejillas pálidas se enrojecieron.....

Desde aquel día empezó la historia de mis primeros amores: amores que habían de engalanar con inefables alegrías la espléndida mañana de mi primera juventud y que luego habían de oscurecer mi porvenir con lágrimas!!!

Los senderos intrincados de la selva, el musgo de las rocas sobre el cual nos sentábamos á descansar, las cristalinas ondas de la fuente en cuyas aguas refrescábamos nuestros labios tostados por los besos del amor: ellos no acertarían á contarme hoy lo que entonces presenciaron!!!

Los despojos de los árboles borraron las huellas de nuestras plantas en los senderos del bosque, el musgo volvió á crecer sobre las rocas, y las aguas de la fuente, apenas al separar de ellas nuestros labios, volvieron á tomar la posición natural de su nivel.

¡Oh! si volvieran para mí aquellas apacibles tardes de verano: en que sentado junto á Isabel, á la sombra de los árboles, teniendo mi cabeza doblada en su regazo, la escuchaba leer, ó los interesantes episodios que trazó la pluma del autor del “Genio del cristianismo,” ó la historia de los amores de Lamartine, que en aquellos mismos lugares había leído una tarde; y cuya lectura había despertado en mi corazón el germen de las ilusiones de amor!

Las mismas escenas de ternura pintadas allí, las mismas caricias, los mismos juramentos, se repetían ahora en las entrañas silenciosas de aquellos bosques.

¡Cuán feliz era yo cuando Isabel abandonaba su lectura para jugar con mis cabe-

llos ó para besarme en la frente ó en los labios. Y cuán desgraciado he sido después cuando la casualidad ha puesto en mis manos aquellos libros que me recuerdan á la Julia europea, acariciando la frente del gran poeta en las orillas del lago y á la Isabel americana, sentada al pie de los árboles de la selva, jugando con los cabellos de un joven desconocido.

III.

El tiempo se pasó; yo tuve que ausentarme del hogar y en la capital otros amores y otras alegrías no pudieron borrar de mi mente la imagen de Isabel.

Un día recibí una carta de mi madre en que me ordenaba que volviese, y emprendí la marcha sin dificultad, porque aunque dejaba en la capital mis amigos y mis amores, aquellos no eran los amigos del corazón ni los amores del alma.

Llegué á la casa de mis padres y la encontré abandonada, y en las chozas cercanas me dijeron que la familia estaba en la aldea donde se celebraba el matrimonio de Isabel.

Tomé el camino de la aldea y llegué á ella cuando salía de la iglesia la solemne comitiva: me oculté entre la multitud y vi pasar delante de mis ojos á Isabel, apoyada en el brazo de un hombre desconocido: la seguí largo rato con la vista, y luego entré en la iglesia, me arrodillé delante del altar y lloré mucho..... después me imaginé que estaba dormido.....

Cuando desperté estaba tendido sobre un lecho duro, en un aposento que no conocía: delante de mí, sobre las frías baldosas de aquella estancia, estaba arrodillada una mujer que lloraba y que tenía los brazos cruzados sobre el borde de mi cama y entre ellos ocultaba la cabeza.

Quise entonces llevarme las manos á la frente, pero mis manos estaban atadas con fuertes ligaduras: quise levantarme, pero mis miembros estaban aprisionados en una camisa de fuerza..... Entonces comprendí que había estado loco.....!

Los ojos se me llenaron de lágrimas y lancé un grito convulsivo.....

En ese momento entró apresuradamente en el aposento un anciano y después de examinarme con detenido cuidado, exclamó con un acento de inexplicable alegría:—“Está salvado,” y empezó á desatarme las ligaduras.

—¿Dónde está Isabel? le pregunte.

—No pregunte Ud. por ella, me contestó; la mujer que no sabe cumplir los juramentos de su amor, no debe recordarse nunca. Y escúcheme, amigo mío, continuó luego con voz tranquila, no hay sino un sólo amor verdadero sobre la tierra.

—¿Y cuál es? le pregunté.

Y sin responderme, me señaló á la mujer, que todavía inmóvil permanecía arrodillada delante de mi lecho.

Aquella mujer, era mi madre!!!

M. MEDARDO ESPINOSA.

1880.

Hijos de la prensa á la que hemos dedicado las primicias de nuestras ideas, á la que hemos consagrado nuestros esfuerzos y desvelos, pese á nuestra modesta individualidad perdida en el montón anónimo, nos enorgullecemos cuando en cierto modo vemos compensados los esfuerzos de nuestra vida con un triunfo tan espléndido del periodismo. En la República de los Estados Unidos, en la que todo hasta lo inverosímil se puede intentar con esperanzas de éxito, un periódico, humilde hace pocos años, el *World*, se ha elevado hasta ser hoy uno de los colosos de la opinión. Ha erigido con tal motivo un monumento que es su templo.

El edificio que ha construido en New York es un simbolismo; en su elevada cúpula desde la que se domina la gran metrópoli se vierten al papel las ideas que lanzadas á la multitud la hacen pensar.

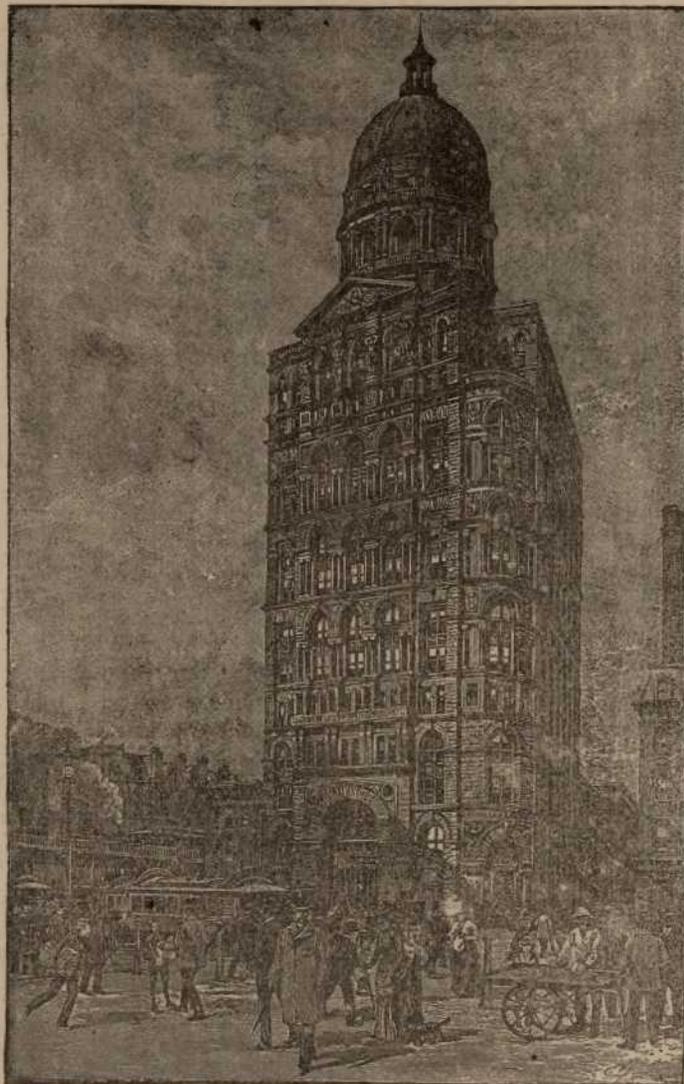
Con gusto damos á nuestros lectores un grabado que representa el famoso edificio. Es interesante el corto diálogo sostenido entre el propietario del *World* y el arquitecto.

—Quiero sobre este terreno el edificio más elevado de New York; partiendo de esta base haga U. lo demás. Tiene carta blanca.

—*All right*, fué la única respuesta del arquitecto.

Y aquí del talento y habilidad del arquitecto para sacar partido del pié forjado poco terreno y mucha elevación. El propietario del *World* y todo New York esperaban una á manera de chimenea llena de aspilleras, donde el gusto arquitectónico quedara sacrificado á la utilidad. Pero el arquitecto que es un verdadero *yankee*, sin temor á comprometer su reputación y confiando en los recursos de su ingenio, levanta el edificio sacando el mejor partido posible de las circunstancias. Todo el edificio es un prodigio de atrevimiento y un modelo de distribución interior; diez y seis elevadores dan acceso á la cúpula por los que suben y bajan millares de personas al día.

El propietario y el arquitecto se salieron con la suya; si Londres tiene su catedral de San Pablo de altivas torres, si Colonia lanza á las nubes las riquísimas cresterías de sus campanios de la catedral; si París se



EL NUEVO EDIFICIO DE "EL WORLD"

muestra orgulloso de su torre Eiffel, todos esos monumentos son construidos por poderosas naciones y no son patrimonio de un particular, ni de un periódico; Gutenberg tiene un monumento digno de su invento.

El balcón de la cúpula se eleva 300 piés sobre el nivel del pavimento; es un pintoresco viajecito el pasar á gran velocidad en un ascensor por 21 pisos ¡21 pisos! que tiene el edificio y al llegar á la estación final, el elevado balcón, contemplar aquel espléndido panorama. Si uno tiene aficiones científicas deplora no llevar un termómetro para hacer comparaciones de temperatura, un barómetro de bolsillo, un antejo, todo ese arsenal ambulante que en varias carteritas pasean por el mundo los *touristes* ingleses. El objeto es hacer observaciones meteorológicas para luego anonadar al lector con rasgos de erudición.

El sensible, el brusco cambio de temperatura; á menor presión atmosférica y mayor pureza del aire se siente uno allí como nuevo respirando con avidez; pero esas considera-

ciones fisiológicas son olvidadas ante el soberbio panorama. Todos los edificios de la ciudad se ven allá abajo liliputienses; la gente que hormiguea por *City Hall* casi no se distingue. Se ve el océano Atlántico hasta más allá de *Coney Island*. Al frente la ancha bahía; los dos ríos; los oranges mountains al Oeste; Brooklin al Este; el Central Park al Norte y los distantes Narrous hacia el Sud, con el océano más allá. Todo ello se abarca de un golpe de vista. El horizonte sólo limita este panorama cortado hacia el Oeste por lejanas colinas; y cuando la atmósfera está clara y libre de brumas, y la brisa barre el humo, es magnífico el espectáculo; se siente una sensación inefable que hace exclamar á uno ¿qué he hecho yo en la vida para merecer contemplación tan grandiosa? Se toca uno para convencerse de que existe, que no es víctima de una pesadilla, que es verdad todo aquello; la idea del infinito se nos impone.

..... Esto sentía, esto gozaba cuando una señorita me cogió bruscamente por un brazo exclamando: "Caballero, el balcón y la cúpula tiemblan." El pánico es contagioso, adios sentimientos de sublimidad. Lo pensaba yo con angustia: "es verdad, se siente aquí una trepidación horripilante ¿para qué habrán hecho esto tan estrecho y elevado? ¿Para qué habré yo subido aquí? Y después con rabia:

"yo quiero estar abajo, en el suelo, Jesús, qué desagradable es esto... y luego de llegar al ascensor con paso vacilante y cogido á las paredes de la cúpula, qué manera tienen los *yankees* de manejar los ascensores, qué manera más rápida de bajar, literalmente, lanzan el aparato desde la cúpula al pavimento con una velocidad que le hace encomendar á uno el alma al Creador en espera de un choque al final ¡qué sensación tan desagradable! Se detiene el ascensor ¡por fin! respira uno fuerte y escapa como ebrio de aquella casa haciendo resolución de no subir más. Al salir de la plaza, antes de virar la esquina, vuelve uno la cabeza y echa á la cúpula una mirada mezcla de curiosidad y de encono.

Pero no queda aquí la cosa. Dentro de poco podremos sorprender á nuestros lectores con otra *americanada*. El *Herald* no le ha sentado bien el edificio del *World* y ha exclamado "¿torrecitas á mí?" lanzando un formidable reto: va á construir el edificio *más grande del mundo* para instalar sus redacciones.

G. L.

LEYENDA.

(FRAGMENTO.)

I.

Ajeno de la vida á los embates, cruzaba ufano ese feliz momento, que han solido llamar algunos vates— con sobrada razón ó sentimiento— las veinte primaveras: instante venturoso en que el amor en raudo torbellino nos arrebató ciego á un mundo de dulcísimas quimeras.

Quiso entonces el destino poner en mi camino á una chieuela de dieciocho abriles, graciosa como una hada, alegre, pizpereta y hablantina, que tuvo la ocurrencia peregrina de poner en mis ojos su mirada.

Era la tal Celina, pues así se llamaba la muchacha, una chica gentil y vivaracha, llena de amor, hechizos y talento, con unos negros ojos y una boca.....

capaz de volver loca al alma más piadosa de un convento.

Aunque era un tanto charra en cuestiones de canto y de solfeo. ¡Cuántas horas felices á su lado, pasaba enajenado, oyéndola cantar con su guitarra aquellas sus canciones salerosas, ay! para mí más dulces y armoniosas que los divinos cánticos de Orfeo!

¡Como no había de amarla!... Era tan bella espiritual y pura,

que la pasión inmensa que por ella
mi corazón sentía,
ya no era sólo amor, era locura.

II.

Ambos éramos pobres, mas la suerte
ó mi desgracia quiso
hacerme poderoso de improviso.

Tenía yo en España
una amorosa tía,
que hasta su muerte supo—cosa extraña—
mostrarme, no con dichos, con razones
lo mucho que la pobre me quería.
¡Dios la tenga en el cielo,
que dejéme al morir, en un legado,
como quien dice nada,
unos cien mil dóllores.

Apenas supí tan infausta nueva
corrí á la casa de mi bien amado
y contéle mi duelo inesperado.

Ávida y silenciosa
oyó mi breve relación sincera,
mas ay! á poco ví que entristecida
bajó su frente hermosa,
de rizos abundantes coronada,
y luego presurosa,
la cabeza ocultando entre las manos,
alejóse de mí cual ave herida
que lleva aún la flecha atravesada.

Lo que pasó en mi alma
en tan triste momento,
aun hoy en vano descifrarlo intento:
sólo recuerdo que perdí la calma
y sin saber de mí corrí en pos de ella,
ahogándome el amor y el sentimiento.

—¿Qué te pasa Celina? muy confuso
la dije sollozando como un chico.
Con sencillez ingenua—¡Nada, nada,—
entre esquiva y llorosa me repuso,—
ya no te quiero, no, que ya eres rico!

¡Por Dios, que estaba hermosa
con su agraciada faz que hiciera el cielo
de transparentes hojas de azucena
y pétalos de rosa!
Al punto comprendí su oculta pena
y sus justos enojos,
y habléla de esta suerte, conmovido,
para enjugar las lágrimas
que aun asomaban á sus bellos ojos:
—Sé que eres buena y que tu amor es puro.
No te enfades así, que por no verte
llorosa ó afligida,
no solamente diera
del mundo las riquezas
sino también, Celina, hasta la vida.
¡Por qué te empeñas sin motivo alguno
en affigirme tanto?
Cesen, pues, tus agravios
y que por mí, jamás escuche ó vea,
ni en tus ojos el llanto
ni las más leves quejas en tus labios.

A tan sentida súplica, la niña
movióse á compasión.—¡No habrá más riña
entre los dos! me dijo;
y enjugando sus ojos, y sonriendo
con esa ingenuidad de la inocencia,
entrelazó su mano entre la mía,
y luego cariñosa me repuso:
—Jamás, jamás creía
que me quisieras tanto
como ahora por mi dicha lo estoy viendo.
Antonio, ya eres rico, y no comprendo
cómo aun me prefieras,
habiendo tantas otras
tan apuestas, gentiles y hechiceras.
—No digas tonterías, que con eso
ofendes mi cariño,—le interpuse,—

aun más, Celina, necesito ahora
me prestes atención, que voy á hablarte
de asuntos harto grave:
mucho tiempo he vivido
ansioso de que un día,
pueda al fin en mis brazos adorarte.
Vivir más tiempo así, ya no podría;
debemos cual las aves
pensar, Celina, en fabricar el nido,
ahora que cuento, como bien lo sabes,
con el legado de mi buena tía.
Traer ese dinero
al punto necesito. Vóime á España,
para á la vuelta unirme y ser dichoso
con la que tanto quiero.

Atenta á mis palabras, ni un momento
apartaba de mí sus dulces ojos,
cual si pudiera acaso
escudriñar mi mismo pensamiento.
Mas al saber mi extraña
y pronta decisión, vi que turbada
al punto quiso hablarme, mas no pudo
como si atase su garganta un nudo.

Para ahuyentar su pena,
habléla nuevamente
de nuestro inmenso amor, en que dichosos
mezcláramos los dos, ha tiempo unidos,
lágrimas y esperanzas y latidos.
Ofrecíle sería
mi ausencia lo más breve,
y que pensando en ella á todo instante,
más rendido que nunca y más constante,
mil cartas y recuerdos le enviaría.

San José de C. R., 12 de Diciembre de
1890.

EMILIO PACHECO.

NAPOLEÓN.

Yo fui rey de los reyes. Doquiera la victoria
impuso al mundo todo mi férrea voluntad;
¡habrá otro nombre acaso en la mezquina historia
más grande que mi nombre?—Hay otro: Libertad.

C. GAGINI.

Diciembre de 1890.

DUDAR.

(Para "Costa-Rica Ilustrada.")

HE aquí la palanca poderosa que empuja
el pensamiento con prodigioso
vuelo: la duda.

En filosofía la fé sería la consunción, el
ocio, la inmovilidad, la muerte; así la vida
sobra y el deber no se cumple. Dudar es ir
adelante, poner los cimientos del progreso,
descubrir, reformar, matar preocupaciones
nocivas. A todos los progresos ha debido
preceder la duda: ha sido preciso en muchas
ocasiones borrar completamente lo escrito en
el encerado para escribir lo nuevo. Cosa tan
fácil al parecer: dudar; pero la humanidad se
aviene con las tradiciones por pereza, y á las
tradiciones se apega con empeño invencible:
para alejarla de ellas ha sido la lucha interesante
de los siglos, lucha tenaz y amarga en
que casi siempre se ha vertido la sangre, pero
sangre redentora, sangre de apóstoles y de
genios.

Todas las ciencias han sentido el influjo
benéfico de la duda y á sus rayos han florecido
como los campos. Ha bastado en ocasiones
remover la piedra que se oponía al paso
de la máquina para que la máquina haya volado;
el cuerpo opaco que obstruía la luz para
que la luz echara sus rayos poderosos y
fecundantes sobre las inteligencias y haya
alumbrado el seno incógnito de las cosas.
Dudar de una doctrina es abrir la brecha á
las demás para que triunfe la mejor. Las
maravillas han asombrado á las multitudes,
estas han aceptado esas maravillas, pero
muchas se niegan á reconocer la duda como
fuente de esas grandezas, antes que la
investigación y la lógica. Llévase la duda á un
cerebro y comenzará á funcionar con trabajo
propio: ese cerebro producirá algo.

Dudar para trabajar: ese es el secreto.
La duda cobarde que los escépticos y los malos
se hacen por conveniencia, para justificar
su ocio y su impiedad, es duda negra que
pervierte las cabezas y los corazones; la duda
ha de ser pura como la luz, vivificante como
el fuego, sagrada como la causa primera de
las cosas. Los que tal hacen tratan de engañarse
á sí mismos ó explotan la duda para
desarrollar sus instintos de holgazanería y de
perfidia. La duda en un espíritu inteligente,
laborioso y honrado, es antorcha que hace
prodigios y que remueve sombras; si falta la
bondad es germen de atrasos, de tiranías y
de odios. Como todo, la duda no debe prostituirse.
Ya prostituida, déjese para el bordel.

En el amor no cabe la duda; para él la
fe ciega y absoluta. Cuando penetra en el
corazón enamorado es cuervo que hace sangre
con su pico de acero, veneno que asfixia,
cuchilla que hiere lentamente hasta que mata.

Tiene el espíritu amante sus horas de
angustia cuando la duda lo asalta: la calma
huye, el presente se hace insoportable y el
porvenir se torna negro y amargo. Entonces
vivir es sufrir. Huida la esperanza se ama
la muerte, se ansia el misterio que está
del otro lado de la tumba, como un remedio
único, el abismo donde el vértigo de la caída
haga olvidar los sufrimientos y que le pueda
dar sorpresas supremas al espíritu, la claridad
del infinito. Si es la nada, el sufrimiento
cesa; si es la verdad y la vida, se nace á
la luz. Siempre es preferible á un instante
de duda.

Como la humanidad ha amado desde su
primer momento, desde entonces la duda le
ha amargado sus placeres; por eso la antigüedad
se hizo un Dios vendado é inesperto.
Ese hijo adorable de la belleza que hiere á
ciegas, á ciegas mantiene á sus víctimas, porque
cuando la luz alumbraba las retinas, su
imperio ha concluido, y á su imperio sigue el
de la amargura y el hastío. Amar es creer.
Se ama á Dios porque es la evidencia, alumbrado
como un millón de soles sobre el horizonte,
no es posible dudar un instante de él: se
ama á la madre porque el amor suyo es in-
cuestionable y no tiene mezcla de egoísmo; y
así se ha de amar á la mujer que elige el
corazón por compañera, con fé inquebrantable

y absoluta. De otra manera el afecto no es amor, es conveniencia, es necesidad material, es ventaja social, es exterioridad engañosa que lleva el germen de los grandes sufrimientos, la disolución y el adulterio, la ruina de la familia y el infierno del hogar; es muchas veces el crimen que triunfa con ropaje de bondad.

En la mujer amada se ha de ver la bondad pura: á ella ha de erigirse un altar como á la Diosa de las francas y castas intimidadas. Si una sombra cruza el cielo de la ilusión, el encanto se desvanece y el sufrimiento reina. La amada debe ser oráculo, sibila; y á sus palabras debe el amante acogerse y abrigarse como al oasis fresco y cariñoso que le brinda el agua cristalina en medio del desierto de la vida y entre los rayos sofocantes de la maldad social. Ah! pero cuántas veces aun queriendo así, pica la duda el corazón como una espina envenada! ¡Si el goce completo no es para la condición humana!

Sin fe no es posible el amor; creamos y amaremos. Si alumbra el desengaño es al destino inexorable á quien hemos de culpar. La amistad y la gloria necesitan también de la fe. Creer, amar y esperar: he aquí el supremo placer.

RUBÉN RIVERA.

Que solo la libertad hace fecunda la juventud.

AL JOVEN ESCRITOR Y AMIGO, DR. RUBEN RIVERA.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud.
Las flores

Revientan al influjo de un ritmo universal;
La savia lleva en gérmenes perfumes y colores,
Y la forma invisible de frutos colgadores,
Y de los abanicos del verde palmeral.

La fórmula se esconde que da cuerpo á los seres
En el regazo dulce de la eterna Citeres,
Y el invisible tipo de aquello que será,
Surgiendo ante tus ojos, mientras su ley infieres,
Llega de las tinieblas y á las tinieblas va.

Mas advierte, si herido por el escarcha helada,
Si lo osa la caricia de la limaza vil,
Cómo se mustia el germen—cuál llora desolada;
Venus de las florestas, en la sombra callada,
Los frutos concebidos en brazos del Abril.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud. En vano
La conmoverá el mágico soplo primaveral:
Se le estancará el hálito del espíritu humano
Y aun la copa mas dulce se amargarán en su mano,
Si no es alma de su alma el alma Libertad.

Ay de aquel pueblo oscuro donde la fe se enerva,
Donde crecen los hombres como la baja yerba
En la que cuele un viento que parece gemir;
Mar sobre cuyo abismo se tuerce la onda acerba
Donde va el alma, tétrica, náufraga, sin morir.

Oh amigo!, esos torrentes de las fuerzas que se huyen
De lo ignoto,—el espíritu buscando encarnación,—
Al sér que los comprime lo abrasan y destruyen;
Siente que con su vida más crecen y más fluyen;
Lo consume y lo mata la cautiva explosión.

Le hostiga el estallido que iba á ser la palabra
Que florece relámpagos sobre la multitud,
Y la idea que espera que su prisión se abra

Es meteoro candente que hondos caminos labra
Calcinando el cerebro donde halló su ataúd.

Se rompe lo que solo la libertad aúna,—
Fe y amor y entusiasmo, la idea y la pasión,—
Y el trueno de los himnos y la ardiente tribuna
Es el gemido abyecto que al déspota importuna
Surgiendo de la gehenna que iba á ser Partenón.

Esa juventud mustia, desosegada y yerma,
Sin una fe profunda, sin un profundo amor,
Lleva la antigua herida de su raza; está enferma:
La libertad, fantasma, estará mientras duerma
Sobresaltando en sueños su tremendo sopor.

Tiene su ley, oh amigo! la juventud. Si acaso
Miras al garzón, yema del porvenir, el paso
Triste, la faz contraída de honda tribulación,
El corazón que gime, la mirada en ocaso,—
Síntoma es del malogro de una generación.

Faltó la savia al hombre. Le maniató en sus hilas
La limaza; le atiere frío de humanidad:
En las estepas áridas donde abrió sus pupilas
Al nacer, no vertía sus miradas tranquilas
El ángel de la vida,—faltó la Libertad:

Las fuerzas que ansiar hacen el vuelo al ave implume,
La luz, sin cuyo beso no ardiera el arbol,
La savia, cuyas gomas emergen el perfume,
El sol, sin cuya lumbre la corola se entume,
El éter, que alimenta la eternidad del sol.

FRANCISCO GAVIDIA.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

CANTO 1º

Cuando tras largo afán surgió Colombia
á la vida eficaz de Estado libre,
se estremeció la Musa, en los ardores
de la vital fecundación presagos;
y al influjo brotó de sus deseos
el opulento mundo de las formas,
en que realiza el pensamiento humano
la existencia inmortal de sus creaciones.

¿Vió jamás la ilusión tal horizonte,
al desplegar sus vagarosas alas?
De la gloria los cárdenos reflejos,
al un confín; al otro, los albores
del sol de la esperanza, y dondequiera
vivo fulgor ó estelas rutilantes.

Tal esplendor solemnizó la Musa
con ritmo vario y múltiples acentos:
con el himno guerrero que en las lides
enfervoriza el ánimo que rompe
del revelado siervo las cadenas,
y tres centurias de opresión redime;
con el lírico raptó que fulmina,
en el fragor de la civil discordia,
á la enemiga fuente rayos de odio.
En suave endecha ó raudo ditirambo,
cantó el amor ó suspiró el deseo;
la observación dicaz movió la risa
al retratar los tipos que conforman
de nuestro pueblo el fondo abigarrado;
y, cual la linfa de apacible arroyo,
osó transparentar tímido el verso
de nuestro suelo la inexhausta pompa.

Fué hermoso el despertar del sentimiento
que en inspirada voz solemnizaba
la creación de la naciente Patria;
pero en la lucha, á intermitencias solo
pudo brotar de los exangües pechos.
Propagose después, vibrante á veces,
ya lozano, ya tierno, ya festivo;
y espira al fin en querellosos ecos,
del pensamiento racional en torno
al prepotente carro, que avasalla,
en épocas de duda y de combate,
lo más intenso del vigor humano.

Una generación fué consagrada
á hacer surgir la luz de la conciencia,
de servidumbre en la tiniebla oscura;
otra, á formar el nacional carácter,
de libertad en la azarosa escuela;
y la presente, por ventura, debe
perseverar en la labor tan sólo
para que el campo del progreso ofrezca
fragantes flores y abundantes frutos.

Mirando en lontananza el bien deseado,
murió la ilustre raza genitora;
mas reclinose en el eterno sueño
sonriendo feliz, al ver lanzarse
á descuajar la juventud el campo,
por los senderos que indicó el deseo.

Miradla como va con pie atrevido
al espléndido foco que concentra
del ideal los rayos refulgentes:
los nombres y hechos que la historia guarda,
del mundo real el penetrante efluvio,
la lucha de intereses y pasiones,
que el medio ambiente nacional conturban
el vividor hervir de la conciencia,
la aspiración del alma ó lo infinito,
cuanto en el tiempo y el espacio vive,
bulle doquiera en ondas comprimidas,
que aguardan sólo que en el humano verbo
curso les dé, para manar en chorros.

Ya, ya empuñó la resonante trompa
que los heroicos hechos eterniza,
y va á cantar los nombres legendarios.
Zarpa de Palos con Colón; le admira
sereno él solo en las movibles ondas
del oceano y de la duda; sigue,
triunfa con él, y la española enseña
ve tremolar en tierra americana.
¡Salud al vencedor, hosanna, hosanna!,
en los marinos ámbitos resuena;
¡gloria al Señor!, se escucha... más ¡qué acento
como un sollozo el eco repercute,
del bosque umbroso á la arenosa playa?
—Es de América el Genio, que preludia
el salmo funeral de la agonía.

—¿Es ilusión, decís? Pues ved alzarse,
en trágicos acentos evocada,
la romanesca sombra de Balboa.
Si el mar del sur proclama su heroísmo,
la envidia é ingratitud le recompensan
con el martirio que redime: llora
su triste fin la Musa el flébil tono,
cual llora el de Bastidas y Robledo.
Tu indomable soberbia, ¡oh Belalcázar!,
vil muerte dió al explorador de Antioquia;
pero esa sombra que tu frente tiñe,
si no se borra, palidece al menos,
al vívido reflejo de la espada
que avasalló de Popayán la tribu.

Heredia en Calamar echa el cimientó
de la "ciudad heroica" en quien renacen
los lauros de Numancia y de Sagunto.
Las huestes de Quesada se dirigen
á la planicie andina en que demora
el floreciente imperio de los Chibchas:
á su presencia se conturba el pueblo
que Nenqueteba adoetrinó; trepidan,
en los templos de Iraca venerandos,
de la nación los Genios tutelares;
y, al vendabal de la ambición hispana,
que recorrió de Muequetá hasta Tunja,
rindióse el Zaque y humillóse el Zipa.

Ved al letrado ilustre levantarse
en medio de la turba aventurera
que refrenó con su potente brazo.
Manda: y los llanos San Martín descubre;
funda á Tunja Rondón, Galiano á Vélez;
y al pie de Guadalupe y Monserrate,
principio da á la Atenas colombiana,
en cuyo foco pensador se acendra,
primero, el don del servilismo, y luego,
la dignidad del sentimiento patrio.

¿Es mentira también? ¿Aun duerme acaso
en crónicas y archivos, la epopeya
de la conquista, sin que el soplo ardiente
de genitora Musa viviaque
el drama que en sus páginas palpita?
La inspiración vivaz aun no ha tendido
su arrebatado vuelo á las regiones
do la codicia se forjó el Dorado?

Vanamente tras él, mítico engendro
corrió afanosa la ambición, que siempre
será la realidad cárcel estrecha
al soberano rumbo del deseo.

Tan sólo la ilusión con los favores
de falaces señuelos, la del alma,
de hermosura y de luz, temblar le es dado,
inextinguible sed: ¿quién si no ella
nos brinda siempre con encanto nuevo?

¿No más que la ilusión... Dudas? me dijo
la Musa de mi Patria sonreída:
ven á mis reinos y verás las pompas
que osó jamás soñar la fantasía.

Seguí sus pasos, y embargó mi alma
mudo estupor ó dulce arrobamiento.

¿Con qué serenidad el grande océano
demora á nuestros piés! Desde el oriente
al occidente, con sus ondas llega
casi á cubrir la redondez del mundo:
reflejan siempre sus tranquilas aguas
la luz solar; en su dominio inmenso
siempre se compenetran noche y día.

Diadema de montañas gigantescas
le circunda en el Africa, en el Asia,
en la gentil América, do llega
á acariciar la planta de los Andes.
De Costa Rica al Ecuador, sus aguas
son siervas de mi Patria, y su tributo
de perlas y coral es para ella.

No lejos el Atlántico sus olas
agita con rumor: faja de tierra,
que es mi Patria también, hoy les separa;
pero ya miro á la potente industria
los diques desgarrar y surge en cambio
el vínculo de unión: de entrambos mares.
Un brazo hacia el levante, otro al poniente,
tiende Colombia, y pueblos apartados
sobre su seno con amor estrecha
en el fecundo abrazo del comercio.

¡Oh mar que entre hemisferio y hemisferio,
del septentrion al Sur, tu onda dilatas!
aquí de pie sobre la egregia cumbre
de la Sierra nevada, te saludo.
¡Extraña sensación! el alma espande
más allá del sentir sus impresiones.

(Continuará).

LEJOS.

ELLA, asida á mi cuello, no cesaba
Su llanto de verter;
Y á sus voces, mis lágrimas su rostro,
Inundaron también...

* *

Hoy lejos, me hace falta de sus ojos
El brillante fulgor.
Su imagen anidada en mis recuerdos,
La llevo doquier voy:
Que de mi no se aparta ni un instante
Tal cual la vi, cuando le dije adiós.

SIMIL.

AS nubes que en el cielo
El horizonte empañan
Amenazando á todos
Terrible tempestad,
En truenos y relámpagos,
En lluvia se desatan;

Después de la tormenta
Se ve la claridad.

El pecho dolorido,
El alma acongojada,
Cuyas pasiones luchan
Sin fin por la verdad
Sollozos y suspiros
Y lágrimas derrama...
Mas no divisa nunca
Lo que es felicidad!!

ULTRA.

Cuando por cerca de mi tumba pases,
Ni á mirar vuelvas donde yazga yo,
Y mucho menos un suspiro lances
A la memoria de quien fiel te amó.

Ay! que quien tiene, como yo, de amiga,
A la desgracia con su fier segur,
No merece que al cielo por él pidan
Ni padres, ni parientes, menos tú...

Ah! no, tú sí, al cementerio vete,
Allí levanta tu plegaria á Dios;
Dile que entrambos nos amamos siempre,
Que fué inocente nuestro puro amor.

Del rosal seco de mi triste estancia,
Nunca te olvides una flor coger,
Ponla en tu pecho, que al tocarla tu alma,
La flor ya muerta vivirá otra vez.

P. PENATES.

S. José, Diciembre de 1890.

LA POESIA CASTELLANA CONTEMPORANEA.

El editor Perrin de París, acaba de
publicar un libro de Boris de Tannenberg, en
que este escritor juzga y estudia á algunos
de los principales poetas castellanos de España
y América.

El libro es por demás interesante, y el
autor merece el aplauso y agradecimiento de
todos los cultivadores de la lengua de Casti-
lla.

En el prefacio explica el por qué de la
oportunidad de su libro.

Las cosas de España han estado de moda
en la última exposición. Las manolas y los
toreros hicieron triunfantemente su papel.

Angel Pastor vistió el frac parisiense.

Las corridas gustaron á los hijos capri-
chosos del gran París.

Estando en boga lo español, de Tannenberg
ha querido aprovechar ese momento para
llamar la atención de los franceses sobre
nuestra literatura.

Todo pasa en París llevado por el vien-
to de la moda.

No acabamos de ver, hace poco tiempo,
el auge que lo ruso tuvo en Francia?

Y no hemos presenciado la gran irrup-
ción del japonismo que aún subsiste?

Boris de Tannenberg no solamente tra-
ta en su libro de España, sino también de
nuestros países de América.

El ha querido demostrar que tenemos
"poetas de primer orden", nosotros los cono-
cidos únicamente en Europa por nuestro café
caracollo y nuestras endiabladas revueltas,
por nuestros sombreros de Jipijapa,—los pa-
namá que ellos dicen,—por nuestros delicio-

sos presidentes derrochadores que visitan la
capital del mundo para gozo y provecho de
hoteleros y horizontales, y por nuestras gra-
ciosas señoritas ricas, deseadas por los noble-
tes arruinados que andan siempre en busca
de esa *Pepa* encantadora que tiene haciendas
y dinero en el banco.

El estimable escritor ha querido enseñar
el lado luminoso de estos países, ya que allá,
cuando se oye hablar español, se cree ver a-
parecer la silueta del rastaquer estafador, cri-
minal ó ridículo.

Francia, desdeñosa siempre, especial-
mente en materias intelectuales, de todo a-
quello que no es francés y sobre todo pari-
siense, se preocupa poco de lo extranjero.

Hay no obstante escritores que empre-
nden de cuando en cuando la loable tarea de
hacer á conocer la producción literaria de otras
partes, y España ha contado con algunos
buenos hispanófilos en su soberbia vecina.—
No puedo menos que recordar á Villemain,
á Gautier, á Viardot, al mismo Víctor Hugo,
y en estos últimos tiempos á Leo Quesnel, á
Alberto Savine, á la distinguida traductora
del chileno Blest Gana, á José María de
Heredia, á Edmundo Rostand, y para no se-
guir citando más, al bravo escritor, crítico
insigne y elegante, autor de este libro de que
me ocupo.

Con Villemain debemos estar siempre
agradecidos por los elogios que al cubano can-
tor del Niágara consagra en su libro sobre
Pindaro; con Gautier,—á pesar de ciertas
exageraciones suyas,—por su apego á las co-
sas de España y por los lindos versos que
le consagró á Viardot por su comprensión
profunda del espíritu de Cervantes; con
Víctor Hugo, por su afecto á la tierra de
Hernani; y en nuestros días con Leo Ques-
nel, porque en diarios y revistas—principal-
mente en la "*Nouvelle Revue*" y en la "*Revue
Bleu*"—ha hecho conocer á muchos escritores
y poetas españoles y americanos. Lo propio
ha hecho Alberto Sabine, y aún más, pues ha
traducido y traduce con frecuencia las prin-
cipales obras castellanas de autores contem-
poraneos. De su casa editora han salido para
el público parisiense libros de Galdós, de Pe-
reda etc. José María de Heredia, rey de los
sonetistas, conoce perfectamente el español,
como que sus primeros años trascurrieron en
la amable Cuba, patria de su padre don Seve-
riano, ex-Ministro de Francia. Y Edmundo
Rostand, exquisito poeta, hace magníficas
traducciones de nuestra lengua.

Para los conocedores pongo aquí una
muestra, una imitación de la famosa leyenda
de Zorrilla "*El Cristo de la Vega*". Como
lo hace notar el de Tannenberg, Rostand
ha tenido la fantasía de escribir toda la com-
posición con rimas masculinas, lo que pro-
duce un curioso y excelente efecto de sono-
ridad.

LE CHRIST DE LA VEGA.

C'est au temps de nos aieux.
De par le roi son seigneur,
Pedro d'Alarcón le vieux
A Toléde est gouverneur,—

Don Pedro, vaillant guerrier,
Qui, s'il perdit son bras droit,
Conserve son cœur entier
Pour servir Dieu et son roi.

Or donc le bon justicier
Vient prendre place aujour'hui
Dans la chaise á haut dossier,
Ser juges autour de lui.

Dessous un dais de velours
Il siège, vêtu de noir,
Et l'on entend les pas lourds
Des archers, dans le couloir,—

La voix lente du greffier
Qui, plein de componction,
Vient quelquefois solfier
L'acté d'accusation;—

Et, quand le vitrail parfois
Un moment reste entr'ouvert,
Des cris de marchands, des voix
Montant du Zocodover.

Il règne un ennui profond;
Les archers, debout au seuil
De la grande porte, font
Aux fillettes des clins d'œil.

Quelques greffiers au soleil
Se'chent leurs longs parchemins;
Et croisant, pris de sommeil,
Sur leur gros ventres, leurs mains,

Dans leurs fauteuils renversés
Comme pour voir le plafond,
Par le murmure bercés
Les juges dorment, au fond.

Chacun bâille. Mais voilà
Qu'avec des cheveux épars,
Qu'un long créper noir voilà,
Des yeux rougis et hagards,

D'une voix rauque criant:
"Justice! mon cher seigneur!"
Une femme en suppliant
Tombe aux pieds du gouverneur.

Il la relève, et calmant
Le tumulte avec un mot
Il lui parle doucement:
"Femme, dis ce qu'il te faut.

Pourquoi tant te désoler?
—Justice contre un voleur!
—Qu'a-t-on bien pu te voler,
Pauvre fille!—Mon honneur!

Justice contre un celui
Qui jura de m'épouser!
—Il t'a fait ce serment?—Oui!
Afin de mieux m'abuser!

—Son nom?—Don Diego.—C'est bien:
—Noble?—Noble et officier.
—Femme, on te rendra ton bien,"
A dit le bon justicier.

"Noble et soldat, ton amant
Ne peut perjuré ainsi.
Diego, s'il a fait serment,
Tiendra. Qu'on l'amène ici!"

Or Diego ne tarde pas.
Bientôt dans le corridor
On entend venir en pas,
Sonner des éperons d'or.

La tenture brusquement
Se soulève. C'est bien lui.
Il entre fier et charmant
Sous son grand casque qui luit.

Il s'avance, frémissant,
Campé sur la anche et l'œil
Plein de colère; on le sent
Outragé dans son orgueil.

"Le capitaine, c'est vous,
Don Diego?" Lui, sans émoi,
Et les dévisageant tous,
A répondu: "Oui, c'est moi.

—On vient de vous accuser,
Diego, d'un lâche abandon.
Promites-vous d'épouser
Inés de Vargas?—Moi? Non!

—Jurez n'avoir pas juré!
—Soit! j'en prête le serment.
—C'est bien. Je suis assuré
De votre innocente!—Il ment!

Vous mentez, mon officier,
Par les saints du paradis!
—Femme," dit le justicier,
"Prends garde à ce que tu dis!

—Il jura de m'épouser!
—Il faut une preuve, au moins...
N'as-tu pas pour déposer
Contra Diego de témoins!

—Hélas! je n'en puis avoir.
—C'est bien. Veuillez pardonner,
Don Diego, si, sans savoir,
On a pu vous soupçonner,

Oui, nous nous sommes mépris.
Mais la preuve est faite. Allons!
C'est bien!..." D'un air de mépris
Pivotant sur ses talons,

L'officier tourne le dos,
Et, son grand manteau flottant,
Fier, toisant tous les badauds,
Il s'éloigne en sifflant.

Or, il était déjà loin
Quand Inés, séchant ses pleurs,
S'écria: "J'ai mon témoin;
Rappelez-le, messeigneurs!"

La foule des curieux,
Qui s'en allait, attendit.
Diego revint, furieux...
Et voice ce qu'Inés dit:

"On prend le témoin qu'on peut.
Le mien ne fera défaut.
En penchant la tête un peu
Il nous regardait d'en haut.

—D'en haut? dis-tu. Ton témoin
Était donc sur quelque toit,
Sur une colline, loin?
—Il était près, comme toi!

Son pauvre corps est pendu.
C'est d'un gibet qu'il nous vit.
—Femme, ai-je bien entendu?
Ton témoin est mort?—Il vit!

—Vrai Dieu, tu es folle!—Non.
—Cette femme divagua,
Seigneurs... Ton témoin, son nom?
—C'est le Christ de la Vega,

Oui, le grand Christ qui, je crois,
Du serment se souviendra,
Car c'est au pied de sa croix,
Là-bas, que Diego jura!"

Au nom sacré du Sauveur
Comme témoin assigné,
Les soldats, le gouverneur,
Tout le monde s'est signé.

Les fronts se sont découverts.
Le peuple est silencieux.
Les regards se tournent vers
Diego, qui baisse les yeux.

Chacun sent son cœur qui bat.
Les juges causent. Au bout
D'un mystérieux débat,
Pedro parle ainsi; debout:

"Femme, femme, en vérité,
Ton témoin est le meilleur.
Mais il aurait mérité
Qu'on lui fit plus grand honneur

Le seul tribunal de Dieu
Eût été digne de lui.
Mais enfin, puisqu'en ce lieu
Nu l'assignes aujour'hui,

Greffier, nous allons surseoir,
Avec votre parchemin
Au soleil couchant, ce soir,
Vons vous mettez en chemin,

A la Vega vous irez,
Et respectueusement
Au Christ vous demanderez
De témoigner sous serment!"

Ainsi dit le justicier.
Et vers la Vega, le soir,
On vit aller le greffier,
Solennel; vêtu de noir.

Puis, pâle d'émotion,
Inés,—puis le gouverneur,—
La foule, en procession,
Faitant sa sourde rumeur.

On voyait aussi marcher
Dans leur plus grand appareil,
Chacun suivi d'un archer,
Les juges du grand conseil;—

Et vêtu de son pourpoint
Brodé d'or, le plus galant,
L'épée au côté, le poing
Sur le pommeau, nonchalant,

Son grand feutre sur les yeux,
Frisant d'un air de dédain
Sa moustache au poil soyeux
Du bout de son gant de daim,

Diego venait le dernier.
Sitôt qu'on fut parvenu
Devant la croix, le greffier
Vint s'arrêter, le front nu.

Il lève les yeux, tremblant,
Vers le bois noir, recouvert
Par le corps du grand Christ blanc,
Du grand Christ au flanc ouvert,

Et dont le front, écorché
Par l'épine le ceignant,
A chaque pointe accroché
Laisse un clair rubis saignant.

Il dit, plaint les genoux:
"Jésus, plein de vérité,
Comme témoin devant nous,
Ce matin tu fus cité.

Fils de Marie et de Dieu,
Qui parmi les hommes vins,
Fais-tu serment qu'en ce lieu
Un jour à tes pieds divins,

Ce don Diego Martínez,
En échange d'un baiser,
Prit pour fiancée Inés
Et jura de l'épouser. . . ."

Mais un grand cri de stupeur
Monte,—car tous ont ouï,
Pris d'une indicible peur,
Une voix répondant: Oui!

Et le grand Christ brusquement,
Tendant son bras décloué,
Afin de prêter serment
A levé son poing troué!

Debemos tener entendido que en Francia, si pocos, hay muy notables concedores de nuestra lengua y literatura.

Pocos hombres de letras, al visitar el cementerio del *Pere Lachaise*, desconocerán,—á menos de pasar por ignorantes de la alta cultura europea,—que en el sepulcro en que están los huesos de Moratin, existe una gloria nuestra.

Julio Simón se ha entusiasmado en el Escorial y ha sido agasajado en Madrid por los académicos de la española. En cambio Castelar ha hablado en la soberbia lengua de Francia, bajo los viejos techos de la sabia Sorbona, y París le ha llamado grande y querido maestro.

Qué mas? Eusebio Blasco, brillante genio español, es hoy uno de los Redactores de *Le Figaro*.

Pero yendo á mi objeto, debo decir que el servicio que nos ha hecho Boris de Tannenberg es grande y valioso.

Ha dedicado el libro á su amigo Castelar en testimonio, dice, "de admiración y agradecimiento."

Comienza la obra con un estudio sobre Quintana, á quien considera el mas grande poeta lírico que ha tenido España en este siglo, reconociendo en él á un clásico por la forma y á un revolucionario por las ideas; pero al mismo tiempo afirma, con sobrada justicia, que la poesía de Quintana tiene poco del corazón, siendo su propia savia y artificio puramente intelectuales.

En cuanto á la armonía, sonoridad y movimiento de esas estrofas amplias que en sus poemas ha dejado el cantor de la invención de la imprenta, Boris de Tannenberg no encuentra ningún poema moderno que supere á Quintana, de quien dice que posee como nadie el *os magna sonatorum* de que habla Horacio.

Por sus odas patrióticas lo pone sobre todos los poetas modernos. No deja de apuntar los defectos de Quintana, la exagerante y vibrante declamación, los lugares comunes de sus asuntos y su artificiosa trama retórica.

Al hablar de Quintana no olvida á Gallego, en quien reconoce más perfección pero también más academicismo. Recuerda la oda *Al 2 de Mayo* pero prefiere la elegía á la muerte de Isabel de Braganza, que empieza:

Ay, vuelve al triste son, cítara mía.

En el Duque de Rivas señala uno de los primeros románticos españoles y admira su talento de narrador y su potencia en la descripción, le alaba como poeta épico y juzga su obra principal *El Moro Expósito*. Es admirable el conocimiento que Boris de Tannenberg posee de nuestra literatura. Sabe como pocos los refinamientos, las exquisiteces y los secretos de nuestra lengua.

Es además un artista.

Un bonito ensayo ha hecho para dar á conocer á las franceses la estructura, metrificacón y cadencia de nuestros romances. Sabido es que la asonancia castellana no existe en la poesía de las demás lenguas europeas.

En Italia, Carducci ha escrito algunas composiciones por vía de *bizarriere* literaria en que procura imitar nuestros romances. Léase su precioso libro de versos *Eime Nouve*. En francés no sé que otro antes que Boris de Tannenberg haya intentado escribir versos asonantes. He aquí como imita el conocido romance morisco que empieza:

Si tienes el corazón,
Saide, como la arrogancia:

Si tu as autant de coeur,
Sayde que d'arrogance,
Et si ta main sait agir
Comme sait railler ta langue;

Si tu sais faire autre chose,
Qu' être galant près des dames,
Et si la trompe guerrière
Te plaí, comme la guitaret;

Si tu sais, bon chevalier,
Porter la maille brillante,
Et sur un coursier fougueux
Manier la lourde lance;

Je t'attend; sors du palais,
Viens me montrer ton courage,
Et si tu n'oses pas seul,
Que des amis t'accompagnent.

RUBÉN DARÍO.

EN EL ÁLBUM DE A. C.

Muchas veces un nombre es un recuerdo,
Como un recuerdo á veces es la vida;
Por eso aquí mi humilde nombre dejo
Y un recuerdo también, Adela amiga.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

1890.

ERA..... ILUSION.

Tú eres suspiro de mansa brisa,
yo soy aliento de tempestad;
tú eres de nieve, yo soy de fuego;
tú eres el lago, yo soy el mar.

Tú eres un rayo de luna llena,
de astro de invierno tibio arrebol;
yo soy ardiente como el deseo,
como la llama de la pasión!

En tus afectos, *belleza fría*,
correspondencias no hay para mí:
tú, con mi fuego no eres dichosa,
yo, con tu nieve soy infeliz.

Eres perfecta como una estatua,
como una virgen de Rafael.

No quiero formas, quiero pasiones;
no quiero *mármol*, quiero *mujer!*

D. A. ARRIETA.

ELIXIR.

Quiero vivir del bosque de las palmas
Bajo el umbroso y fresco pabellón,
Donde reflejan los dormidos lagos
azul el cielo y fulgurante el sol.

Quiero la dicha, la embriaguez celeste
Con que nos brinda la existencia en flor:
El dulce beso en la apretada boca
Y el blando arrullo en la temblante voz.

Quiero, alejado de los hombres siempre,
Disfrutar de la eterna posesión
De tu alma virgen que suspira y llora
Porque es feliz con su primer amor.

Quiero, en mis horas de mortal hastío,
Para endulzar un tanto mi dolor
Abandonarme en tu regazo tibio
Escuchando latir tu corazón;

Y hundiendo en tus pupilas la mirada
Con voluptuoso afán escrutador,
Cual en las flores de repleto cáliz
la brilladora abeja su aguijón,

Quiero la dicha, lo que tú me has dado,
Lo que mi audacia al mundo le arrancó;
Sin que jamás robármelo pretendan
Ni aquí los hombres, ni en el cielo Dios.

ANTONIO VALENZUELA (h.)

NOTAS.

Nuestro colaborador don Emilio Pacheco está escribiendo una nueva leyenda. Siendo como es esa leyenda, un trabajo artístico por su forma, no obstante la tendencia social que ante todo tiene en mira su autor, creemos será visto con agrado el fragmento que hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores.

Desde el presente número queda al frente de la Redacción de "Costa Rica Ilustrada" el señor don Carlos Gagini.—Sentimos mucho la separación de nuestros buenos amigos Vidal Quirós, Ramón Matías Quesada y Joaquín P. Vélez, quienes han contribuído á sostener nuestra publicación. Presentamos á estos señores nuestros más sinceros agradecimientos, y les suplicamos continúen favoreciéndonos con su importante colaboración.

Pedimos perdón á los señores suscritores por el retardo con que ha salido este número.

TIP. NACIONAL.